

La tradición épica situaba en esta época remota la invasión de Israel por Cusán Riseataim, rey de Mesopotamia. Israel fue libertado por un tal Otoniel, sobrino del legendario Caleb. Todo este episodio pertenece a la fábula.

Más realidad contiene el relato de una colisión antigua entre Israel y Moab, según el cual Eglón, rey de Moab, hizo tributario a Israel. Un osado benjaminita, llamado Ehud, mató a Eglón por sorpresa, y luego al frente de benjaminitas y efraimitas derrotó a Moab en el paso del Jordán, junto a Gilgal.

Samgar, hijo de Anat, fue sofet en una época perturbada por los filisteos. Se le atribuyeron hazañas fabulosas, como las del mítico Sansón, hazañas cuyo origen quizá fue un canto popular perdido.

Labin, rey cananeo de Hasor, avasalló con gran violencia a las tribus israelitas del Norte. Hasor era el centro de un Estado cananeo bastante poderoso, que abarcaba la cuenca del lago Hulé, seco entonces como hoy durante una parte del año en toda su región Norte. Estas llanuras permitían el uso de carros forrados de hierro, y parece que Labin poseía 900 máquinas de este tipo. Su poder se extendía hasta la llanura de Jezrael, donde el efecto de aquellos carros era aún más terrible. Su *sur-saba* o general en jefe, llamado Sisera, parece que fue un hombre de guerra muy hábil. Poseía un feudo poderoso llamado por los israelitas *Haros et-haggoim*. Puede que llegara a suceder a Labin.

Existía una profetisa llamada Débora, que entonces juzgaba a Israel. La condición de las mujeres en las tribus patriarcales no era la misma que en la vida de harén, a partir de Salomón, hubo relajado las costumbres. Una supuesta hermana de Moisés, llamada Miriam, tuvo cierta importancia, a la salida de Egipto, que no podemos apreciar del todo por el estado actual de los textos. Había mujeres que disponían de sí mismas, mandaban en sus bienes, elegían marido y efectuaban todas las acciones de la existencia viril, sin excluir el profetismo y la poesía. Lo mismo ocurría entre los antiguos árabes. Los relatos sobre la vida de las tribus antes del islamismo mencionan a varias Déboras, que reunían las funciones de jefe y de poeta. Los rasgos concernientes a estas heroínas formaban parte esencial del ciclo épico de la nación. El mismo islamismo elogió a Hind, hija de Otbah, que cantaba al frente de un coro de mujeres en la batalla de Ohod y contribuyó en gran manera a la victoria de los creyentes.

La profetisa de Israel se encontraba a veces debajo de una palmera llamada la palmera de Débora, entre Rama y Betel, en la tribu de Benjamín, y los israelitas acudían allí para que les diese a conocer los juicios de Dios. La profetisa, como todos los patriotas, era devota fanática del culto

de Jehová y consideraba crímenes todas las innovaciones religiosas, todas las debilidades del pueblo por los cultos de Canaán. Débora se propuso liberar a su pueblo, y en nombre de Jehová envió a un tal Baraq la orden de juntar a los neftalitas y zabulonitas en Kades, para dirigirse luego al Tabor. Ella llevó consigo a los hombres de Efraím y Benjamín, y a los manaseítas cisjordánicos.

Más allá del Jordán, las tribus, aunque avisadas, igual que las tribus marítimas de Dan y Aser, no se movieron. Judá y Simeón luchaban quizás en aquel mismo instante con los filisteos, y además en dicha época casi siempre actuaban aparte.

La gran concentración de fuerzas israelitas al pie del Tabor alborotó a los cananeos del Alto Jordán y de la llanura de Jezrael. Acudió Sisera con las tropas del reino de Hasor. Taanak y Meggido, que eran poblaciones cananeas, se armaron también contra Israel. Lo probable es que el ejército de Tabor se dirigiera contra estos últimos adversarios. Sisera fue a ayudarlos y se libró la batalla cerca de las fuentes del Kison, junto a Meggido. Sisera fue completamente derrotado. Parece que llovió muy fuertemente y fueron inútiles los carros, acrecentando los arroyos que forma el Kison, y resultando perjudiciales para la retirada de los cananeos.

Sisera intenta conquistar el Norte con los restos de su ejército. Los israelitas le persiguieron. La gente de Meroz<sup>1</sup>, indispuesta con Israel, favoreció su fuga, pero los kenitas acampados en los alrededores de Kades socorrieron a los israelitas.

Los kenitas nómadas, que desde la salida de Egipto siempre habían estado en buenas relaciones con Israel, estaban también en paz con Labin. Pero fue mayor el deseo de complacer a Baraq, y una mujer kenita fue la que proporcionó a Jehová la gran satisfacción de acabar con uno de sus enemigos.

Sisera, corriendo, llegó a la entrada de una tienda kenita. El hombre no estaba. La mujer, llamada Jael, invitó a entrar al fugitivo y le escondió bajo una manta. Sisera pidió un poco de agua y Jael abrió un pellejo de leche agria y se la dio. Sisera quedóse dormido de cansancio, y entonces Jael cogió una de las clavijas grandes que sirven para sujetar la tienda, un martillo, y hundió la clavija en la sien de Sisera, de modo que, atravesándole la cabeza, lo clavó en el suelo. Algo más tarde llegó Baraq, que contempló encantado este espectáculo.

Débora y Baraq aquel día cantaron en honor de Israel y de la mujer que había matado a Sisera, cantos que fueron aprendidos de memoria y sirvieron de modelo a otros análogos. Más adelante se escribieron y se incluyeron en el *Kítáb el Aghani* de Israel.

1. Después Marons, entre Safed y el lago Hulé.